

capítulo 1

El héroe con mil vidas extra

Johnny se mordió el labio y se concentró.

«Eso es. Venga, entra rápido, que el misil apunte al blanco por sí solo —*beep beep beep beebeebeeb*—, apunta al primer caza, dispara el misil —*thump*—, vacía los cargadores contra el caza —*fplatfplatfplatfplat*—, ahora tienes que alcanzar al caza n.º 2 y quitarle el escudo con el láser —*bwizzle*—, misil —*pwwoosh*— contra el caza n.º 1, ahora esquivalo, acciona las ametralladoras, destroza al caza n.º 3 cuando gire y haga —*fplat fplat fplat*—, venga, a por el n.º 2, que ya está de nuevo a la vista por la parte alta de la carlinga, lanza un misil —*thwump*— y acaba con él.»

Fwit fwit fwit.

«¡El caza n.º 4! Siempre aparece al final, pero si te lanzas primero a por él, los demás tienen tiempo de dar la vuelta en redondo y terminas por estar en el punto de mira al menos de tres de ellos.»

Ya había muerto seis veces nada menos, y no eran más que las cinco de la tarde.

Sus manos volaban sobre el teclado. Las estrellas rugían a medida que las sorteaba al salir acelerando para alejarse del fragor del combate. Se iba a quedar escaso de combus-

tible, pero para cuando consiguieran recuperar sus escudos ya estaría de vuelta, preparado, y dos de ellos habrían sufrido daños considerables, y... Eh, ahí vienen... Suelta los misiles, ¡uau!, qué suerte haberle dado al primero —¡muere, muere, muere!—. Una bola de fuego —*swsssh*—, y el último se da a la fuga, claro, pero seguramente podría alcanzarlo, aprieta el acelerador —*ggrrRRRSSH*—, manténlo en el punto de mira, eso eso, no lo pierdas, suelta ahora todos los proyectiles, uno tras otro, *swsssh*.

¡Ah!

La inmensa mole de la nave principal de la flota enemiga estaba en un rincón de la pantalla. Nivel 10, allá vamos. Con cuidado, con cuidado. Atento... Ya no quedaban más naves, así que bastaría con mantenerse fuera de su alcance para bajar luego en picado sobre la nave y...

Queremos conversar.

Johnny parpadeó, incrédulo, al ver el mensaje en la pantalla.

Queremos conversar.

La nave rugió al pasar cerca de él —*eeyooowwnn*—. Pulsó la tecla de frenado y ralentizó su marcha hasta enfocar de nuevo la inmensa mole roja y tenerla de nuevo en el punto de mira.

Queremos conversar.

Su dedo se posó sobre el botón de «Fuego», sin accionarlo. Luego, sin mirar en realidad lo que estaba haciendo, desplazó el dedo hasta la tecla de «Pausa» y la accionó. Echó un vistazo al manual.

Sólo tú puedes salvar a la Humanidad, podía leerse en la cubierta del folleto. «Sonido y resolución gráfica de primerísima calidad. El juego definitivo.»

En la página 17 se decía que un crucero pesado de la



flota ScreeWee podía destruirse tras alcanzarlo con setenta y seis disparos de rayos láser: una vez eliminados todos los cazas de escolta, una vez alcanzado un punto en el espacio de donde las ametralladoras de la flota ScreeWee no pudieran llegar hasta ti, ganar era simple cuestión de tiempo.

Queremos conversar.

Pese a tener pulsada la tecla de «Pausa», el mensaje seguía en la pantalla.

En el manual no figuraba ninguna instrucción acerca de ese tipo de mensajes. Johnny hojeó el resto de las páginas. Tenía que tratarse de una de las «nuevas características» con que venía provisto el juego, tal como decía la carátula.

Dejó el manual y tecleó con cautela: «Moríos todos, canalla extraterrestre».

¡No! ¡No queremos morir! Queremos conversar.

Aquello no podía ser así. ¿O acaso...?

Johnson, el Cojo, que era quien le había regalado el disquette, aparte de fotocopiarle el manual en la copiadora de su padre, le había dicho que en cuanto consiguiera completar el Nivel 10 tendría 10.000 puntos extra y un Título de Valor, con lo cual tendría que desplazarse al Sector Arcturus, donde se encontraría con naves espaciales distintas. Con muchas más naves enemigas.

Johnny quería conseguir a toda costa el Título de Valor. Disparó el láser una vez más. *Swssh*. La verdad es que no supo por qué lo hizo; puede que fuese simplemente porque tenía el joystick en la mano y porque había un botón para disparar. Para eso estaba hecho, ¿no? Después de todo, no había un botón para «No disparar».

¡Nos rendimos! ¡Por favor!

Con mucho cuidado, presionó las teclas para «Grabar

juego». El ordenador traqueteó unos segundos e hizo clic! Luego, quedó en silencio.

No volvió a jugar en toda la tarde ni por la noche. Se dedicó a hacer los deberes. Le tocaba geografía. Tenía que colorear el mapa de Gran Bretaña y marcar en un mapa-mundi el lugar que le correspondía.

La Capitana de los ScreeWees golpeó la mesa con una de sus patas delanteras.

—¿Y bien?

El primer oficial de la nave tragó saliva con dificultad e intentó mantener la cola en un ángulo que manifestara su respeto.

—Ha vuelto a desaparecer una vez más, señora —dijo.

—Pero... ¿ha aceptado nuestra petición?

—No, señora.

La Capitana tamborileó con los dedos de tres manos sobre la mesa. Tenía un remoto aire de tritón, aunque en realidad parecía más un caimán.

—Pero no le hemos disparado...

—No, señora.

—¿Y le envió mi mensaje?

—Sí, señora.

—Y siempre que acabamos con él, vuelve a la carga.

Se reunió con el Cojo en el recreo.

El Cojo era uno de esos chicos a los que cualquiera escogería el último al formar equipos para un partido, aunque por el momento no tenía ningún problema por ello. El profesor de educación física no creía en los equipos porque fomentaban la competencia.

Cojeaba. Mejor dicho, se tambaleaba un poco al andar y mucho más al correr. Por lo visto, era cosa de las glándulas. Era como si los miembros del Cojo se movieran en direcciones distintas; sólo en conjunto lograba correr hacia algún punto en concreto.

Pero en los juegos era el mejor, aunque no fuesen los que la gente piensa que se tienen que dar muy bien. Si alguna vez se organizara un concurso interescolar de piratería de programas informáticos, o de juegos intergalácticos, el Cojo no sólo sería el primero del equipo, sino que él habría escogido a los miembros de su propio equipo. Desde luego que sí.

—¿Qué pasa, Cojo? —dijo Johnny.

—Ya no mola decir «qué pasa» —dijo el Cojo.

—¿Y es guay decir «mola»? —preguntó Johnny.

—Decir «mola» siempre mola, chico. Además, ya nadie dice «guay»...

El Cojo miró alrededor con aire de conspirador y sacó un paquete de su mochila.

—Esto sí que mola. Es fantástico. Anda, Pruébalo.

—¿Qué es? —dijo Johnny.

—He descifrado *Estrella de combate TeraBomber* —dijo el Cojo—. Pero no se lo digas a nadie, ¿vale? Basta con teclear «ECT». No es gran cosa, pero... La barra espaciadora sirve para lanzar las bombas, y... Bueno, tú dale a las teclas, ya verás para qué sirve cada cosa.

—Oye, ¿te acuerdas del juego *Sólo tú puedes salvar a la Humanidad*?

—¿Todavía estás liado con ése?

—Oye, no le habrás metido mano, ¿verdad? ¿No lo has manipulado antes de pasarme la copia?

—No. Ni siquiera estaba protegido. Sólo te fotocopí el manual de instrucciones. ¿Por qué lo dices?

—No has probado a jugar, ¿verdad?

—Sólo un poco.

El Cojo era de los que sólo probaba los juegos una vez. Era capaz de mirar un juego durante un par de minutos, coger luego el joystick y conseguir la puntuación máxima de un voleo. Luego, ya no volvía a jugar nunca más.

—Y... ¿no te pasó nada... raro?

—¿Por ejemplo? —preguntó el Cojo.

—Por ejemplo... —Johnny titubeó.

Podría decírselo al Cojo, claro, pero su amigo se echaría a reír, o no lo creería, o diría que era cosa de algún virus, o un truco desconocido. El Cojo tenía muchísimos diskettes llenos de virus informáticos. No los utilizaba para nada: se limitaba a coleccionarlos, como quien colecciona sellos o lo que sea.

También podría decírselo al Cojo, y entonces, de alguna manera, lo que le había pasado dejaría de ser real.

—Bueno, tú ya sabes. Algo raro.

—¿A qué rareza te refieres, chico?

—Algo muy extraño. Como si el juego hubiese cobrado vida propia, eso es.

—Es que así tiene que ser. Tiene que parecer auténtico, eso es lo que dice el manual. Espero que lo hayas leído de punta a cabo, porque mi padre se pasó un buen rato fotocopiándolo en su trabajo.

Johnny esbozó una sonrisa.

—Sí, tienes razón. Mejor será que me lo lea. Ah, y gracias por *Estrella de combate*...

—*Terabomber*. Ah, mi padre me ha traído de Norteamérica un juego que se llama *Alabama Smith y las joyas del destino*. Si me devuelves el diskette, te haré una copia.

—Estupendo —dijo Johnny.



—Ya verás cómo te gusta.

—Estupendo —repitió Johnny.

Nunca había tenido el valor necesario para decirle al Cojo que no había probado ni la mitad de los juegos que le había pasado. No le habría sido posible, desde luego, al menos si pretendía tener tiempo para comer y para dormir. Pero tampoco importaba mucho, porque él nunca se lo había preguntado. En lo tocante al Cojo, los juegos de ordenador no existían para jugarlos, sino para meterse en ellos, para reescribir los datos, para conseguir vidas extra o lo que fuese, y para copiarlos y regalárselos luego a los demás.

Básicamente, el mundo estaba dividido en dos bandos: por una parte, la industria de los videojuegos, decidida a impedir, aunque le costase un tremendo esfuerzo, o un ojo de la cara, todo intento de piratear programas; por otra, estaba el Cojo. Por el momento, éste iba ganando la partida.

—¿Me has hecho los deberes de historia? —dijo el Cojo.

—Ten —dijo Johnny—. *El campesinado durante la guerra civil de Inglaterra*. Tres folios.

—Gracias —dijo el Cojo—. Lo has hecho muy deprisa.

—Bien fácil. El trimestre pasado, para el profe de geografía, tuvimos que hacer un trabajo sobre *El campesinado en Bolivia*, así que sólo he quitado los ponchos y las llamas y he añadido alguna historia sobre esos reyes a los que les cortaron la cabeza. Basta con dar una nota de color y luego quejarte por el mal tiempo y las cosechas. Tratóndose de ensayos sobre campesinos, no falla.

Johnny estaba tumbado en la cama, leyendo el manual de *Sólo tú puedes salvar a la Humanidad*.



Aún se acordaba de los viejos tiempos, cuando se podían conseguir juegos en los que las instrucciones eran cosas del estilo de «Apretar “para ir a la izquierda y” para ir a la derecha. Apretar el botón de “Fuego” para disparar».

Ahora, en cambio, había que leer un librito. En realidad era tan sólo el manual, aunque siempre lo llamaban «La Novela».

Era algo contra los tipos como el Cojo. En algún lugar de los Estados Unidos, o donde fuese, alguien había pensado que era de lo más inteligente que el juego te hiciera de vez en cuando alguna pregunta, como: «¿Cuál es la primera palabra de la línea 23 en la página 19 del manual?». Y si no contestas correctamente, apaga el ordenador y vuelve a empezar. Una bobada, porque estaba claro que no habían caído en un detalle, es decir, que en la oficina del padre del Cojo tenían una estupenda fotocopiadora.

Así que ahí estaba el librito. Los ScreeWees habían aparecido de repente, de la nada, y habían bombardeado algunos planetas poblados por seres humanos. Casi todas las naves espaciales habían sido destruidas; al parecer, sólo quedaba una, una nave de tipo experimental. Esa nave era lo único que podría hacer frente a las hordas de los Scree-Wees. Y sólo tú..., es decir, John Maxwell, de doce años de edad, puedes salvar a la humanidad entera, en el tiempo entre que llegas a casa de la escuela, meriendas y haces tus deberes.

En ninguna parte se decía qué había que hacer en el caso de que las hordas extraterrestres de los ScreeWees se negasen a combatir.

Encendió el ordenador y accionó la tecla para «Cargar el Juego» que había grabado anteriormente. Allí estaba la nave: en el punto de mira de su batería. Tomó el joystick pensativo.

Apareció un mensaje en la pantalla. Bueno, no era exactamente un mensaje. Más bien, una imagen: media docena de manchas en forma de huevo duro, con una cola. Estaban inmóviles.

«¿Qué clase de mensaje será éste?», se dijo.

Quizá tuviese que enviar algún mensaje en especial. «Muere, bellaco», no le pareció lo más apropiado en ese momento.

Tecléo: «¿Qué sucede?».

De inmediato apareció una respuesta en la pantalla, en letras amarillas.

Nos rendimos. No dispare. Éstas son fotografías de nuestros hijos.

Escribió: «Cojo, ¿esto no será un truco tuyo?».

Tuvo que pasar un rato hasta que apareció la respuesta.

Ni soy cojo ni hago trucos. Nos rendimos. No queremos más guerras.

Johnny se quedó pensando un rato, y luego tecléo: «No está previsto que os rindáis».

Queremos volver a casa.

Johnny escribió: «El manual dice que habéis destruido un montón de planetas».

¡Mentiras!

Johnny se quedó mirando fijamente la pantalla. Lo que en realidad deseaba escribir era: «No, quiero decir, estas cosas no pueden pasar. Sois extraterrestres, no es posible que no queráis que os disparen. Ningún otro juego de marcianitos ha dejado de funcionar aunque vayan perdiendo, siempre han seguido en la pantalla, nunca han dicho “No queremos, ya basta”».

Y entonces pensó que era lógico: nunca habían tenido esa oportunidad.

Pero los juegos son cada vez mejores. Las antiguallas, como MegaZoides, nunca parecieron reales ni tuvieron una historia completa ni resolución gráfica en color.

Tiene que ser eso de la realidad virtual, de la que tanto hablan en la tele.

Tecléo: «Después de todo, no es más que un juego».

¿Qué es un juego?

Escribió: «¿Quién eres?».

La pantalla parpadeó. Algo que se parecía bastante a un tritón, pero que era más bien un caimán, lo miró desde la pantalla.

Soy la Capitana, apareció en letras amarillas.

¡No dispaes!

Johnny escribió: «Yo te disparo y tú me disparas. Así es el juego».

Pero nosotros morimos.

«Yo a veces también me muero. Me muero muchas veces.»

Pero TÚ siempre vuelves a vivir.

Johnny se quedó mirando esas palabras, y tecléo: «¿Vosotros no?».

No. ¿Cómo podría ser? Cuando morimos, morimos para siempre.

Johnny escribió desesperado: «No, eso no es así, porque en la primera misión hay que destruir tres naves antes de llegar al primer planeta. H@ jugado muchas veces y siempre h@y tres naves que...»

Son naves diferentes.

Johnny estuvo un rato pensándolo y luego tecléo: «¿Qué pasa si apago el ordenador?».

No entendemos la pregunta.

Esto es estúpido, pensó Johnny. Es un juego que se sale de

lo normal. Debe de ser una misión especial, o algo parecido.

Escribió: «¿Por qué iba a fiarme?».

MIRA DETRÁS DE TI.

Johnny se enderezó en la silla de golpe. Luego la hizo girar con cuidado. Claro está que allí no había nadie. ¿Por qué iba a haber alguien en su habitación? Aquello no era más que un juego.

La cara de tritón había desaparecido de la pantalla, ahora ocupada por la imagen conocida del interior de la cabina de una nave espacial, un caza. Luego estaba la pantalla del radar... cubierta de puntos amarillos. El amarillo era el color del enemigo.

Johnny empuñó el joystick para que el caza que pilotaba girase 180°. Allí estaba la totalidad de la flota de los ScreeWees. Una nave detrás de otra, todas parecían posadas en el espacio a sus espaldas. Eran pequeños cazas, grandes cruceros, naves de combate impresionantes. Si todas lo tenían en el punto de mira y si todas disparasen a la vez...

No quería morir.

Un momento, un momento: si en realidad no te mueres. Puedes volver a jugar otra vez. Era una locura. Ya iba siendo hora de dejar el juego hasta el día siguiente.

Tecleó: «De acuerdo. ¿Y ahora, qué?».

Queremos regresar a casa.

«De acuerdo, no hay problema.»

Nos tienes que dar un salvoconducto.

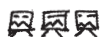
«De acuerdo. Sí.»

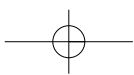
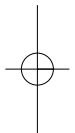
La pantalla se quedó a oscuras.

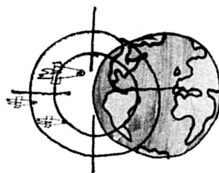
¿Así que eso era todo? ¿Sin música? Sin un mensaje de «Enhorabuena, has conseguido la máxima puntuación.»

Sólo se veía el cursor parpadeando sin cesar.

Además, ¿qué significaba salvoconducto?







capítulo 2

Para jugar, accionar los mandos

A tus padres nunca les dirías: «Eh, oye, necesito que me compréis un ordenador, porque así podré jugar a *Megas-teroides*».

No, la verdad es que más bien les dirías: «De veras necesito un ordenador, porque me vendrá muy bien para las clases». Es educativo.

Algo positivo tenía que haber en esa época de tiempos difíciles que todo el mundo parecía atravesar en su casa. Si te limitabas a quedarte en tu cuarto sin hacer ruido, si mantenías la cabeza gacha, antes o después tenía que caerte algo como un buen ordenador. Así, todo el mundo se sentía mucho mejor consigo mismo.

Además, a veces era realmente útil para clase. Johnny había escrito en el ordenador sus trabajos sobre el campesinado en distintos momentos de la historia, y los había sacado en papel con la impresora, pero tuvo que reescribirlos después a mano. Aunque en la escuela se podía aprender Informática y Nuevas Tecnologías, lo cierto era que te buscabas algún problema si lo utilizabas para hacer cualquier cosa.

Tenía su gracia, porque en cambio no era gran cosa



para las matemáticas. Johnny siempre había tenido problemas con el álgebra, porque en esa asignatura no se admitían trabajos titulados: *Que se siente cuando uno es x^2* . Pero tenía hecho un pacto con Bigmac. Cuando éste tenía que hacer un trabajo escrito se sentía igual que Johnny cuando se enfrentaba a una ecuación al cuadrado. Con tal de que mantuvieras siempre la cabeza gacha, los demás se sentían en general tan agradecidos de que, por ejemplo, no hubieras sido el motivo de que la policía se personase en la escuela, que siempre te dejaban en paz.

Pero el ordenador sobre todo era bueno para los juegos. Bastaba con poner el volumen al máximo para no tener que soportar los gritos de los demás.

La nave nodriza de la flota ScreeWee era una algarabía. Aún flotaba en el aire una difusa nube de humo debida al último bombardeo, y los tripulantes iban de un lado a otro, intentando arreglar los desperfectos para sobrevivir al largo viaje que quedaba por hacer.

La Capitana se recostó en su sillón, en el enorme, sombrío puente de mando. Tenía unas manchas amarillentas bajo los ojos, debidas seguramente a la falta de sueño que arrastraba desde hacía tiempo. Quedaban tantas cosas por hacer... La mitad de los cazas habían sufrido graves daños y los cruceros no estaban en buenas condiciones; por otra parte, apenas quedaba sitio y, con toda seguridad, no había alimentos suficientes para todos los supervivientes que habían recogido a bordo.

Levantó la mirada y se encontró con el oficial de artillería.

—No me parece una jugada muy sabia —dijo.



—Pero es la única que podía hacer —repuso la Capitana con cautela.

—¡No! ¡Es preciso que demos la cara y que sigamos luchando!

—Terminaríamos todos muertos —dijo la Capitana—. Plantamos cara, luchamos y morimos. Así ha sido hasta la fecha.

—¡Pero morimos gloriosamente, como héroes!

—En esa frase que acaba de decir hay una palabra muy importante —dijo la Capitana—. Y no es precisamente «gloriosamente», ni tampoco «héroes».

El oficial de artillería se puso verde de rabia.

—¡Ha atacado a cientos de nuestras naves!

—Y ahora ha dejado de hacerlo.

—De todos los demás, ninguno ha dejado de hacerlo —dijo el oficial de artillería—. ¡Son humanos! No te puedes fiar de un humano. Disparan contra todo lo que se les pone por delante.

La Capitana apoyó el hocico sobre una mano.

—Pero éste no actúa así —dijo—. Ha escuchado nuestro mensaje, ha hablado con nosotros. Ninguno había hecho eso antes. Es posible que éste sea el Elegido.

El oficial de artillería plantó las dos manos superiores sobre la mesa y la miró furibundo.

—Bien —dijo—, he hablado con los demás oficiales. Yo no creo en las leyendas. Cuando se comprenda en toda su magnitud lo que acaba usted de hacer, le será retirado el mando de la flota.

Ella volvió hacia él unos ojos claramente cansados.

—Muy bien —dijo—. Pero por el momento sigo siendo la Capitana, sigo siendo la responsable de la flota, ¿lo entiende usted? ¿Tiene usted al menos una remo-

ta idea de lo que eso significa? ¡Márchese y déjeme en paz!

No le agradó la orden, pero no podía desobedecer. «Puedo ordenar que lo fusilen —pensó la Capitana—. Y no sería mala idea; así nos ahorraremos complicaciones que puedan surgir más adelante. Lo apuntaré en la lista de cosas por hacer; será el n.º 235 de los asuntos pendientes.»

Se dio la vuelta y prosiguió mirando las estrellas del exterior sobre la descomunal pantalla que ocupaba la totalidad de una de las paredes.

La nave enemiga seguía allí posada. «¿Qué clase de persona será? —pensó—. Por despreciables que sean, son muy pocos. ¡Pero siempre vuelven a la carga! ¿Cuál será su secreto?»

De todos modos, de una cosa sí podía estar segura: sólo enviaban al combate a sus guerreros y pilotos más valientes, sólo a los mejores.

La gran ventaja de los tiempos difíciles estaba en que no había ningún problema en servirte de la nevera todo lo que te diese la gana. En cualquier caso, parecía que ya no había horas fijas de comer ni de cenar. Y tampoco había nadie que hiciera una comida de verdad. Johnny se preparó unos espaguetis con alubias de lata.

No se oía ningún ruido en el cuarto de estar, aunque el televisor sí estaba encendido. Vio un poco la televisión en su cuarto. Cuando compraron un aparato nuevo, le dejaron el viejo. No era muy grande y tampoco tenía mando a distancia. Había que levantarse para cambiar de canal o para subir o bajar el volumen. Pero vivían tiempos difíciles.

En las noticias pasaron un reportaje sobre unos cuan-



tos misiles que habían bombardeado una ciudad para él desconocida. Era bastante bueno. Luego se fue a la cama.

No le sorprendió demasiado despertar delante de los controles de un cazabombardero. Lo mismo le había ocurrido con *Capitán Zoom*. Era imposible quitarse aquel juego de la cabeza. Después de una tarde concentrado en el juego, te pasabas la noche entera subiendo escaleras sin parar y esquivando rayos láser lanzados por el enemigo.

Con todo, estaba siendo un sueño francamente bonito. Sentía con claridad el asiento de la cabina, y la cabina misma olía a grasa caliente, a plástico recalentado y a sudor. Se parecía bastante a la que veía en la pantalla todas las tardes, con la salvedad de que una fina película de grasa y de suciedad cubría todo lo que estaba a la vista. Pero estaba además la pantalla del radar, la consola del armamento y el joystick...

¡Eh, era mucho mejor que el ordenador! La cabina estaba repleta de ruidos, del clic y el murmullo de los ventiladores, del ronroneo y el zumbido de los instrumentos de navegación. Y la resolución gráfica era mucho mejor. En los sueños, la resolución gráfica siempre es el no va más.

La flota de los ScreeWees estaba suspendida en el espacio, delante de sus propios ojos.

¡Uau! De todos modos, los sueños deberían ser un poco más excitantes. En los sueños te persiguen, te ocurren peripecias de toda clase. Estar sentado en la cabina de un cazabombardero, con todo un arsenal de armas que podría utilizar en cualquier momento, no dejaba de ser divertido, pero aún faltaba algo: que le ocurriesen toda clase de peripecias.

Se preguntó si no debería lanzar un misil o algo por el estilo. No, un momento: se han rendido sin condiciones.



Y aún había que resolver el asunto del salvoconducto. Sus manos recorrieron los mandos que tenía delante. Eran bastante distintos de las teclas del ordenador, aunque ése en concreto...

—*Atención, ¿me recibe?*

El rostro de la Capitana apareció en la pantalla de comunicaciones.

—¿Sí? —dijo Johnny.

—*Estamos preparados.*

—¿Preparados? —dijo Johnny—. ¿Para qué?

—*Puede indicarnos el camino a seguir* —dijo la Capitana.

La voz salió de una rejilla situada junto a la pantalla. «Debe de traducirla algún mecanismo, pensó Johnny. No creo que esos tritones gigantes hablen mi lengua.»

—¿Adónde? —dijo—. ¿Adónde vamos?

—*A la Tierra.*

—¿A la Tierra? ¡Un momento! ¡Allí es donde vivo yo! Me traería muchos problemas enseñar donde vivo a una flota de extraterrestres.

La rejilla emitió un zumbido durante un rato.

—*Disculpa* —dijo la Capitana—. *Ha sido una traducción directa. Al planeta en que vivimos le llamamos «Tierra». Cuando hablo en ScreeWee, tu ordenador encuentra una palabra en tu idioma que significa lo mismo. La palabra que he pronunciado en ScreeWee suena más bien así...*

—se oyó un ruido parecido al que haría cualquiera al sacar el zapato de una boñiga de vaca aún fresca—. *Yo te mostraré el camino a nuestro planeta.*

De pronto apareció un círculo rojo en la pantalla de navegación. Johnny sabía de qué se trataba. Bastaba con desplazar un círculo verde hasta colocarlo sobre el rojo, y

el ordenador emitiría un *binkabinkabinka*, de manera que el rumbo quedase fijado.

Me han mostrado en dónde viven. Confían en mí.

A medida que avanzaba a bordo de su nave espacial, toda la flota extraterrestre comenzó a moverse tras él. Eran tantas las naves que eclipsaron las estrellas.

La cabina emitió un tranquilo ronroneo, un zumbido. Bueno, al fin y al cabo no parecía tan difícil... Apareció enfrente de él una mancha verde. Vio cómo iba aumentando de tamaño, hasta que reconoció el perfil de un caza idéntico al suyo.

Pero le costó algún esfuerzo identificarlo. ¿Por qué? Porque iba semiescondido por los rayos láser. A medida que se acercaba iba disparando contra él.

Además, viajaba a tal velocidad que prácticamente alcanzaba a sus propios proyectiles.

Johnny movió el joystick y se quitó de en medio cuando... el caza enemigo pasó rugiendo muy cerca y se lanzó en picado contra las naves de los ScreeWees.

El cielo entero estaba lleno de naves de los ScreeWees. Naves que, por cierto, se habían rendido a él. Pero había otra gente, a saber dónde, que aún estaba jugando al juego.

—¡No! ¡Escúchame! ¡Ya no están combatiendo! ¡Se han rendido!

El caza describió una amplia curva y se lanzó directamente contra la nave de mando. Johnny vio un misil. Alguien, sentado a saber dónde, delante de un teclado, acababa de lanzar un misil.

—*¡Escúchame! ¡Tienes que parar! ¡Alto el fuego!*

«No me está oyendo —pensó—. Uno nunca oye lo que le dice el enemigo. El enemigo está ahí para que dis-

pares contra él, para alcanzarlo tantas veces como puedas. Para eso está el enemigo, ¿no?»

Viró en redondo para seguir la estela del caza, que había frenado su velocidad. Estaba disparando sin cesar contra la nave de mando..., que no contestaba a sus disparos.

Johnny contempló fijamente la escena, horrorizado.

La nave se balanceaba bajo los impactos enemigos. El oficial de artillería atravesó arrastrándose la sala temblorosa y se puso en pie junto al sillón de la Capitana.

—¡Estúpida! ¡Estúpida! ¡Ya dije yo que esto tenía que ocurrir! ¡Exijo inmediatamente la orden de disparar!

La Capitana contemplaba la nave del Elegido. No se había movido ni un palmo.

—No —dijo—. Tenemos que darle una oportunidad. No debemos disparar contra las naves de los humanos.

—¿Una oportunidad? ¿Y qué oportunidad tenemos nosotros, eh? Voy a dar la orden de...

La Capitana se movió muy deprisa. Cuando su mano quedó inmóvil, estaba sujetando una pistola que apuntaba a la cabeza del oficial de artillería. No era más que un arma ceremonial, ya que los ScreeWees por lo general luchaban sólo cuerpo a cuerpo, con sus garras. Ahora bien, la forma de la pistola hacía pensar que de la boca del cañón salían proyectiles a una velocidad tremenda y dispuestas a matar a quien se pusiera por delante.

—No, de ninguna manera —dijo.

El rostro del oficial de artillería se tornó azulado, muestra inequívoca del terror que le invadía.

—¡No se atreverá a disparar! —dijo, haciendo acopio del valor que pudiera quedarle aún.

«No es más que un juego —pensó Johnny—. En esa nave no hay ni una sola persona de carne y hueso. Es alguien que está jugando un juego. Sólo es un juego. Todo eso no son más que cosas que están pasando en la pantalla de un ordenador, a saber en qué parte del mundo.»

No... Quiero decir, sí.

Pero... al mismo tiempo... todo esto está pasando aquí. Su propia nave arrancó de golpe.

Era fácil, facilísimo. Bastaba con alinear los círculos en la pantalla, *binkabinkabinka*, y accionar el botón de «Fuego» hasta vaciar los cargadores de las armas que llevaras a bordo. Lo había hecho ya infinidad de veces.

El invasor no le había visto siquiera. Lanzó unos cuantos misiles... y acto seguido estallaron, con un impresionante despliegue gráfico.

«Eso es lo que hay —se dijo Johnny—. No son más que cosas que ocurren en una pantalla. No es real. No hay ningún cuerpo humano que haya reventado en pedazos en medio de esa explosión. No es más que un juego.»

Llegaron los misiles...

Toda la carlinga se tornó de un blanco cegador.

Por un instante brevísimo tuvo consciencia de hallarse en el espacio y de que volaban cosas en todas direcciones: Una estantería. Una silla. Una cama.

Estaba sentado delante del ordenador. La pantalla estaba oscura. Sujetaba el joystick con tantísima fuerza que tuvo que concentrarse y hacer un gran esfuerzo para soltarlo.

El reloj, junto a la cama, marcaba las 6:30, porque estaba estropeado. Pero a juzgar por la hora que era, le quedaba menos de una hora para levantarse de la cama.

Se quedó sentado, tapado con el edredón, mirando la televisión sin ver gran cosa hasta que sonó el despertador.



Aparecieron más imágenes de unos misiles bombardeando una ciudad. Se parecían bastante a los que había visto la noche anterior; lo más probable era que hubiesen vuelto a pasar esas imágenes por demanda del público.

Se sintió enfermo.

El Serio podría ayudarle. Seguramente, decidió Johnny.

Normalmente se reunía con el Cojo y con Bigmac en la tapia que había detrás de la biblioteca de la escuela. No es que fueran exactamente una banda. Lo que ocurría era más bien lo que ocurre cuando coges una bolsa grande de patatas fritas y la agitas: los pedazos más pequeños acaban juntos en un rincón.

Al Serio le llamaban el Serio porque jamás hacía un chiste. Ya no ponía ningún reparo a su apodo. Era bastante mejor que el último que tuvo, «Crucial», y mejor también que el anterior, MC Spanner. Johnny era el que ponía los apodos a todos.

El Serio dijo que en realidad nunca había dicho «crucial». Además, señaló que Johnny era blanco, a pesar de lo cual nunca había hablado como los hinchas del Arsenal, que ya se sabe cómo son los negros. Por otra parte, insistió en que no convenía hacer chistes con los estereotipos raciales.

Johnny no entró en demasiados detalles. Se limitó a contar su sueño, sin decir ni palabra de los mensajes que habían aparecido en pantalla. El Serio le escuchó atentamente; siempre escuchaba con atención. A los profesores les preocupaba su modo de escuchar. Siempre tenían la sospecha de que estaba intentando sorprenderlos en un renuncio.

—Lo que pasa es que todo esto no es más que la proyección de un conflicto psicológico, eso es todo. ¿Te apetece un ganchito de queso?

—¿Qué? ¿Qué es eso?

—Es una especie de cereal crujiente con sabor a queso, ¿no te suena?

—No, me refiero a eso otro que acabas de decir.

El Serio le pasó la bolsa de ganchitos a Bigmac.

—Bueno, tu padre y tu madre están a punto de separarse, ¿no? Eso es algo que sabemos todos.

—Podría ser, sí. La verdad es que corren tiempos difíciles —dijo Johnny.

—Desde luego. Y tú no puedes hacer nada para remediarlo.

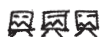
—Yo no diría tanto —dijo Johnny.

—De todos modos, es algo que te está afectando más de lo que tú te piensas —dijo el Serio.

—Supongo que sí —admitió Johnny—. Está claro que ahora tengo que prepararme yo la comida.

—Exacto. Así pues, lo que haces es proyectar tus... mmm... emociones reprimidas en un juego de ordenador. Es algo que pasa hasta en las mejores familias —dijo el Serio, cuya madre era enfermera en el hospital, y que además quería ser médico cuando fuese mayor—. No puedes resolver los problemas reales, así que los conviertes sin darte cuenta en problemas que sí puedes resolver. Si esto hubiese ocurrido hace treinta años, probablemente habrías soñado que luchabas contra un dragón, o alguna cosa parecida. No es más que la proyección de una fantasía.

—Pues salvar a varios centenares de tritones inteligentes no me parece a mí un problema fácil de resolver —dijo Johnny.



—No sé —dijo Bigmac—. ¡Ratatatat-blam! Y se acabó el problema.

Bigmac siempre llevaba botas militares y pan talones de camuflaje. Con esa vestimenta, se le veía a dos kilómetros de distancia.

—Lo que pasa —dijo el Serio— es que todo este asunto no es real. Quiero decir que no es de verdad de la buena. Lo que pueda pasar en una pantalla de ordenador no es real.

—He conseguido copiar *Monstruos estelares* —dijo el Cojo—. Si quieres, te lo paso mañana mismo. Todo el mundo dice que es mucho mejor.

—No —dijo Johnny—. Creo que voy a seguir con éste al menos unos días. A ver si puedo llegar al nivel veintiuno.

—Si llegas al nivel veintiuno y acabas con toda la flota enemiga, aparece un número especial en la pantalla. Se lo mandas por carta a Gobi Software y te dan un premio de cinco libras —dijo el Cojo—. Lo he leído en el *Semanario del ordenador*.

Johnny pensó en la Capitana.

—¿Cinco libras, nada menos? —dijo—. ¿En serio? Pues qué bien.

Por la tarde tocaba deportes. Bigmac era el único que hacía deporte en la escuela. Nunca le había gustado mucho, hasta que pusieron hockey sobre patines. Lo mejor es que daban un *stick* para zurrar a los contrarios, decía.

El Serio no hacía deporte por incompatibilidad intelectual. El Cojo no hacía deporte porque el profesor le había pedido que se abstuviera. Johnny no hacía deporte porque tenía una exención permanente. Total, a nadie le importaba gran cosa, así que se marchó temprano a casa y se pasó la tarde leyendo el manual.

No tocó el ordenador antes de merendar.

Había un noticiario especial, con lo cual se retrasó la emisión de *Padres a la fuerza*. Volvió a ver las mismas imágenes de los misiles arrasando una ciudad, igual que la noche anterior, sólo que esta vez no aparecieron los periodistas vestidos con camisas de color arena, con unos chalecos que llevaban miles de bolsillos, y hablando muy excitados entre sí.

Oyó a su madre en la planta baja, quejándose por no poder ver *Padres a la fuerza*, y a juzgar por las voces supuso que habían comenzado de nuevo los tiempos difíciles.

Tenía que hacer un trabajo de historia sobre Cristóbal Colón. Lo buscó en la enciclopedia y copió unas cuatrocientas palabras, lo cual solía ser suficiente. También hizo un dibujo de Colón y lo coloreó.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que en realidad lo que quería era posponer el momento de encender el ordenador. «Algo querrá decir —pensó— que me dedique a hacer los deberes en vez de jugar con el ordenador...»

Pensó que no le vendría nada mal echar una partida de *Comecocos* o algo por el estilo. Lo malo sería que los muñecos probablemente se quedarían dentro de la pantalla, negándose a salir para que él se los comiera. Y eso no lo podría soportar. Bastantes preocupaciones tenía ya, estando las cosas como estaban.

Por si fuera poco, su padre subió a su cuarto para portarse como un padre. Era algo que más o menos sucedía cada dos semanas. Y no había forma de impedirlo, al menos de momento. Había que aguantarle durante unos veinte minutos y contestar a sus preguntas, en general sobre qué tal iban las cosas en la escuela o sobre qué quería ser cuando fuese mayor.



Lo que había que hacer era no darle demasiada cuerda y portarse con un mínimo de amabilidad.

Su padre tomó asiento al borde de la cama y miró detenidamente la habitación, como si nunca la hubiese visto. Después de las preguntas normales sobre algunos profesores que Johnny no había vuelto a ver desde primero, su padre se quedó con la mirada perdida un buen rato.

—Últimamente las cosas se han puesto un pelín difíciles —dijo—. Supongo que te habrás dado cuenta.

—Pues no.

—En el trabajo las cosas no van del todo bien. Por lo que se ve, no era buen momento para montar un nuevo negocio.

—Ya.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—¿No quieres que hablemos de alguna cosa en concreto?

—No. Creo que no.

Su padre volvió a mirar la habitación.

—¿Te acuerdas del año pasado, cuando fuimos todos a pasar una semana en Falmouth?

—Sí.

—Te lo pasaste bien en la playa, ¿no?

Se había quemado por el sol, se había torcido el tobillo al pasear por las rocas y se había tenido que levantar a las ocho y media todos los días, aunque se suponía que estaba de vacaciones. Y el único televisor que había en el hotel lo veía a todas horas una vieja que no soltaba ni de broma el mando a distancia.

—Sí.

—Tendríamos que repetirlo.

Su padre lo miraba fijamente.

—Sí —dijo Johnny—. No estaría nada mal.

—¿Qué tal se te dan *Los Invasores del Espacio*?

—¿Cómo?

—*Los Invasores del Espacio*. El juego del ordenador.

Johnny se volvió para mirar la pantalla apagada.

—¿Que es eso de *Los Invasores del Espacio*? —dijo.

—¿Ya no se llaman así, o qué? Antes se llamaban así los juegos de los bares, ya sabes, las maquinitas... Antes de que tú nacieras, claro. Salían unas filas de alienígenas triangulares, verdes, puntiagudos, que tenían seis patas y había que acabar a tiros con todos ellos.

Johnny se lo pensó despacio.

—¿Y qué pasaba cuando los matabas a todos?

—Ah, pues siempre salían más —su padre se puso en pie—. Supongo que ahora será mucho más complicado, claro.

—Sí, supongo que sí.

—Ya has terminado los deberes, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué te tocaba para hoy?

—Historia. Tenía que escribir un trabajo sobre Cristóbal Colón.

—¿Ah, sí? Pues puedes decir que no se propuso descubrir América. En realidad buscaba una nueva ruta hacia Asia y encontró América por casualidad.

—Sí. Lo pone en la enciclopedia.

—Me alegro de que la consultes de vez en cuando.

—Sí. Es muy interesante.

—Estupendo. Bien, muy bien. Bueno, voy a echar otro vistazo a las cuentas...

—De acuerdo.

—Oye, si quieres que hablemos de algo, ya sabes...

—De acuerdo.

Johnny esperó hasta que oyó cerrarse la puerta del cuarto de estar. Se preguntó si no debiera haberle preguntado dónde estaba el manual de instrucciones del lavaplatos.

Encendió el ordenador. Pasó un rato y apareció la pantalla de *Sólo tú puedes salvar a la Humanidad*. Observó la introducción con aire meditabundo y empuñó el joystick. No había ningún extraterrestre.

Durante un rato estuvo pensando que debía de haber hecho mal alguna cosa. Empezó el juego otra vez. Seguía sin haber extraterrestres. Lo único que había en la pantalla era la negrura del espacio interestelar, salpicada aquí y allá por unas cuantas estrellas centelleantes.

Estuvo navegando sin cesar hasta que se quedó sin combustible. No había ningún ScreeWee, no había puntos en la pantalla del radar. No había juego.

Se habían largado a otra parte.